



DE GAULLE EN SUS "MEMORIAS"

«El origen de Francia se pierde en la noche de los tiempos». Es la primera frase de Charles de Gaulle en «La Renovación», volumen de sus «Memorias de Esperanza» que recoge el período 1958-1962. Esta extraña criatura surgida del fondo del tiempo y destinada a la eternidad aparece en el libro con una curiosa ambivalencia: determinante/determinada, activa/pasiva, protagonista/antagonista. El otro protagonista/antagonista es el propio Charles de Gaulle. Es una imaginaria cuestión matrimonial. Ya Malraux, en sus «Antimemoires», citaba un diálogo con el general en el que éste decía «J'ai épousé la France». En el relato de cinco años de este desposorio místico, Francia puede aparecer como la inspiradora de toda acción, la que emite su voluntad suprema y, simultáneamente, la que se deja guiar, dirigir. Saltamos de ese principio citado al final del libro: «En la cuesta que está subiendo Francia, mi constante misión era guiarla hacia lo alto, mientras que todas las voces la llamaban sin cesar para que bajase. Al optar otra vez por escucharme, se libró del marasmo y acababa de superar la etapa de la renovación. Pero a partir de ahí, lo mismo que ayer, no tenía otra meta que enseñarle que la cumbre, ni otro camino que aquel esfuerzo». En este curioso psicodrama, De Gaulle asume a veces el papel de Francia misma; otras veces, es Francia la que toma la propia forma del general. La disociación de personalidad se resuelve otras veces hablando de sí mismo en tercera persona: «... Ante la reducción a la nada del sistema supuestamente responsable, De Gaulle, afamado ya, pero sin más medios que su legitimidad, tuvo que tomar en sus manos el destino». Esta idea de «legitimidad» aparece frecuentemente expresada y se define con elegante sencillez: la legitimidad es él, por razones puramente carismáticas y advertidas en forma de revelación («... sentí que yo era el instrumento designado...»).

Es evidente que los riesgos que pueden hacer correr a una determinada etnia el que se sitúe a la cabeza del poder un hombre con estas peculiaridades psíquicas son gravísimos, pero es preciso observar, también, que estos riesgos fueron siempre evitados. En una parte, los mecanismos de seguridad de Francia —las texturas de organización política y administrativa, el fondo cultural, las agrupaciones sindicales, la opinión pública, el espíritu ciudadano, el ejercicio de la crítica— presentaron un importante papel moderador; pero, en gran parte también, De Gaulle actuó como un hábil gobernante, como un político prudente. Es otro interesante tema que sugiere este volumen, otra forma de desdoblamiento de personalidad: la dualidad entre el superhombre del destino y el político profesional que conoce los resortes del mecanismo electoral, el juego de los partidos, las argucias legislativas, la dosificación de los gabinetes, la manipulación de la propaganda, las relaciones públicas (hasta un nivel estadístico: «En un total de setenta días vi a doce millones de franceses, recorrí cuarenta mil kilómetros, hablé seiscientos veces en reuniones más o menos oficiales, cuatrocientas veces desde las tribunas y estreché cien millones de manos»).

El relato de hechos que contiene este volumen de memorias es, naturalmente, de gran importancia histórica y constituye un documento

más para el estudio de un período. Aparte de un primer capítulo dedicado a la teoría del Estado, de un último capítulo sobre la teoría del Jefe de Estado —construidas, naturalmente, a partir de la idea de sí mismo del memorialista—, los cinco capítulos centrales examinan las cuestiones de ultramar, Argelia, la economía, Europa y el mundo. De Gaulle explica que no tuvo relación con el golpe de Estado del 13 de mayo de 1958 (no es esta la versión de muchos historiadores y periodistas), sino que la situación «se le presentó» y tuvo que decidir con rapidez («porque las revoluciones llevan paso rápido») «recuperar las riendas del Estado». Desde ese primer momento sabía que la Argelia francesa era utópica, pero no podía dejar que sus intenciones fueran conocidas. Desde ese primer momento sabía que Francia debía retirarse de la OTAN —organización que le parecía anticuada—, y estaba dispuesto a hacerlo del Mercado Común; y lo hubiera hecho de no haberse aceptado la política agrícola común propuesta por Francia. En ese primer momento rechazó ya la oferta de Foster Dulles de entregar bombas atómicas a Francia, porque estaba seguro de que ella —él— podría construir fácilmente su «force de frappe». Muchas veces da la sensación de que su forma de tratar la actualidad de cada momento está hecha desde el conocimiento posterior de sus derivados, de forma que la coherencia política y la iluminación histórica del personaje-autor no ofrezcan ningún fallo. Inevitablemente, el énfasis y la grandeza de estilo no son suficientes para eliminar otros argumentos sobre este período: la continua actividad política del general desde Colombey para eliminar la IV República y el juego de partidos, la creencia inicial de que Argelia, si no francesa, podría estar de alguna forma integrada; la ambigüedad de sus relaciones con el Este (hostil y aliado antisoviético de Adenauer cuando los Estados Unidos de Kennedy iniciaron la apertura de la coexistencia, amistoso y pactante cuando la aparición de Johnson —fuera ya de este tomo de memorias— iniciaba un regreso a formas de «guerra fría») y en general una serie de contradicciones que pueden aplicar a De Gaulle la imagen de la procelaria, el ave que sabe volar en las tempestades pareciendo que las dirige y las domina cuando, en realidad, no hace más que utilizar sus vientos para sostenerse.

El aspecto de escritor de gran prosa del general De Gaulle es el valor más importante del libro, que, en cierta forma, tiene los aspectos de una novela histórica. Sus descripciones de personajes son brillantes. Eisenhower: «Era un hombre de muy elevada conciencia, que se cuidaba mucho de no emitir un juicio más que con conocimiento de causa, y de no decidir sin consultar a personas enteradas. Como era prudente, no le gustaban las especulaciones aventuradas y echaba el freno en cuanto la marcha se aceleraba». Krutchev: «Simpático, desenvuelto y ágil, a pesar de su gordura... Despierto, bullicioso, se interesó singularmente por las técnicas y los rendimientos y nunca perdió ocasión, ante lo que le decían, de proclamar los éxitos soviéticos». Kennedy: «... Estaba dispuesto a hacer carrera al servicio de la libertad, de la justicia y del progreso». Adenauer: «Como renano, en efecto, estaba compenetrado con lo que galos y germanos tienen de complementarios y que, añejo, fecundó la presencia del Imperio romano en el Rin, hizo la fortuna de los francos, glorificó a Carlomagno, sirvió de excusa a Austrasia, jus-



tificó las relaciones entre el Rey de Francia y los príncipes electores, movió a Alemania a inflamarse en la hoguera de la revolución, inspiró a Goethe, a Heine, a Madame de Staël, a Victor Hugo y, pese a las furiosas luchas que enfrentaron a los dos pueblos, no cesó de buscar un camino, a tientas, entre las tinieblas». Una cierta magia se desprende de su descripción de lugares, como en la descripción del castillo de Rambouillet, párrafo muy demostrativo del libro: «Los huéspedes, alojados en la torre medieval por donde pasaron tantos Reyes nuestros; al atravesar los aposentos donde habitaron nuestros Valois, nuestros Borbones, nuestros Emperadores, nuestros Presidentes; al deliberar en la antigua sala de mármol con el Jefe del Estado y los ministros franceses; viendo cómo se despliega ante sus ojos la honda majestuosidad de los estanques, y al recorrer el parque y el bosque donde hace diez siglos se cumplen los ritos de las cacerías oficiales, necesariamente aprecian lo que el país que les recibe tiene de noble en su llaneza y de permanente en sus vicisitudes». He aquí a De Gaulle; político astuto que lleva a su terreno a los demás, fascinado por su historia, nacionalista, escritor de talento, escenógrafo, experto en relaciones públicas... Un hombre al que bien se puede calificar, sin entrar en juicios de valor sobre sus resultantes, de genio político. ■ E. H. T.

Charles de Gaulle, «Memorias de Esperanza. La Renovación. 1958-1962». Traducción de Florentino Trapero. Taurus Ediciones, S. A. Madrid, 1970.

CAMPANILLEROS EN SEVILLA

Miseria con cántaro y alpargata

Llegan para decir a Sevilla que en el cielo se alquilan balcones para un casamiento que se va a hacer; que beben y beben los peces en el río; que en el portal está un buey, y una mulita también. Son los niños campanilleros, aves de estación que en cuanto asoman los fríos del invierno llegan invariablemente a las cafeterías más «in» de la avenida, a la puerta de los escasos bares de la calle Sierpes.

Llegan de los refugios municipales, donde diecisiete mil personas desahuciadas de casas en ruina esperan el maná de una vivienda oficial que no acaba de caer; llegan de la eterna provisionalidad de las Casitas Bajas del Polígono, donde llevaron a los que la riada del Tamarguillo dejó sin techo en 1961; llegan de la conscientemente proletaria barriada de Los Pajaritos; desde las casas por derribar de Triana, de la calle Feria, de San Julián, de los barrios que un día de julio tomó un romántico capitán del Requeté que se llamaba Barrau y que llevaba boina y barba a lo Zumalacárregui.

A la alegre y confiada Sevilla, que ve en la televisión y en las estadísticas oficiales lo bien que marcha la industrialización en el Polo de Desarrollo; a la Sevilla de maxifaldas y bolsos de ante con flecos que llegan por los tobillos; a la Sevilla que juega a la calle Serrano en Vía Veneto, en La Reja o en El Nuevo Coliseo; a la Sevilla consumistamente contestataria de bigotes a lo Jivago, barbas a lo Castellet y chaquetas a lo Eugenio Trias, le llegan cada invierno estos niños de barrio que se ganan unos duros cada noche repitiendo la antigua miseria de los campanilleros.

Llevar una camisita de tergal sobre el chaleco de punto con cremallera, que hay que cuidar el atuendo pastoril, que para sí lo quisiera el señor don José Tamayo; llevar unos elementales instrumentos de percusión; que si el triángulo hecho en horas extras por un tornero de la Hispano Aviación que ha leído los libros de XYZ que vende Paco Barco en El Tardón; que si la pandereta tan distante de Merimée; que si el cántaro sobre cuyo brocal alfarero la alpargata en otro tiempo legionaria y de la mano negra (ya pieza de museo en una

Andalucía de convenios colectivos y reuniones en las Secciones Sociales de los Sindicatos oficiales) marcará el compás del cielo en el que se alquilan balcones, de los peces que en el río beben por ver a Dios nacio.

Tienen la voz del hambre, la misma que conservan las niñas que estudiaron como gratuitas en el colegio del Valle y que ahora se ganan más de cien duros cada noche en Los Gallos, haciendo palmas en el corro flamenco para los turistas caros que paran en el hotel Luz Sevilla.

Los niños campanilleros llegan a las puertas de las cafeterías más confiadas, con la vieja canción sevillana. En Samoa, un barman madrileño ha puesto de moda exóticas bebidas del barrio de Argüelles: el groggy, el Peces, el Taras Bulba. Llegan los vasos hasta echando humo, en el sofisticado cóctel a lo Ibáñez Serrador que se llama historias para no dormir. Y esta ciudad burguesa y a la páge sigue durmiendo. Ignora de dónde vienen, para qué cogen los duros en la pandereta que pasan al final a modo de gorra de ciego romancero; de dónde vienen, de qué ocultos refugios municipales, de qué casas en ruina, estos niños que llevan junto a las puertas de luna securit la voz del pueblo, que dice el mirabás que es voz del cielo; estos niños que llevan la ley que son las obras, la voz del hambre a la puerta del consumo y las maxifaldas:

La Virgen está lavando
con un cachito jabón.
Se le pican las manos,
manos de mi corazón.

Dentro, en el mundo de las medias combinaciones, nadie recuerda ya qué es el jabón verde, en un tiempo de televisivas lavadoras superautomáticas; nadie sabe qué son las manos picadas, en un tiempo de guantes de goma. Pero allí, en la calle, con sus camisitas de tergal cubriendo un catequético jersey con cremallera, siguen los niños campanilleros de Sevilla percutiendo el brocal del cántaro con la alpargata, dando una mendicante imagen de miseria a una ciudad que para no dormir tiene que buscarse un cóctel humeante y sofisticado, cuando a cualquiera podrían quitar el sueño las noticias sobre el problema de vivienda que cada miércoles recogen los periódicos: «La Comisión Municipal Permanente, reunida ayer, acordó declarar en estado de ruina total siete inmuebles, situados en las calles...» ■ ANTONIO BURGOS.

